

FELICITACION Á S. M.

EN SUS DIAS.



DOÑA ISABEL II REINA DE ESPAÑA (1).

Prenda de amor y de esperanza un día
sobre el regazo maternal, ardiente,
Reina de la española monarquía,
reclinaba Isabel su augusta frente:
el pueblo con gozosa idolatría
la miraba crecer, niña inocente
que en su régio dosel, de herencia goda
encierra el porvenir de España toda.

(1) Este retrato es sacado del que últimamente ha hecho el distinguido pintor de Cámara D. Vicente Lopez, por orden de S. M. la Reina viuda Doña María

AÑO VIII—19 DE NOVIEMBRE DE 1843.

Ya en el trono asentó su augusta planta;
ya el pueblo del Besós y Manzanares,
del Genil y del Ebro la levanta
emblema de esperanzas populares;
ya de su nombre á la influencia santa
de las pasiones los revueltos mares
cálmanse, y muerta su violenta saña,
el iris de la paz renace á España.

J. M. D.

Cristina de Borbon, y que tanto en Madrid como en París ha llamado la atención de cuantos le han visto, por su belleza y parecido.

NOVELAS.

LA ESPADA DEL REY PELAYO.

NOVELA HISTORICA.

I.

En una gran sala abovedada que no tenia mas muebles que un mostrador de nogal, ya muy deteriorado por el transcurso del tiempo, se hallaba en uno de los dias de Enero de 1326, un viejo respetable que con mucha calma estaba hojeando unos ennegrecidos pergaminos, cubiertos de informes caracteres, deteniéndose de vez en cuando en su lectura para trazar algunas cruces en las estrechas márgenes del manuscrito. A su alrededor se advertian liados, como si fueran haces de espigas, centenares de espadas, yerros de lanza y estoques, que ocupaban mucha parte de la silenciosa habitacion. Cuando por casualidad un rayo de sol acertaba á penetrar por las triples celosías que protegian cada ventana, el conjunto de tantas hojas, nuevas y en su mayor parte perfectamente cinceladas y bruñidas, se iluminaba de repente y deslumbraba con sus multiplicados reflejos.

Detrás del sillón donde se encontraba el viejo, se veia recostado un jóven de gallarda presencia y de una belleza no muy comun. Su edad parecia ser de 18 años apenas, y vestido con particular esmero; no llevaba mas arma que un pequeño puñal sin vaina, colocado en un cinturón bordado, con el que apretaba su talle, dejándole reducido cual el de una tierna doncella. El viejo seguia atentamente la lectura de los pergaminos que eran su libro de caja, cuando al ver sin duda cierto asiento se detuvo.—¡Aun quinientos estoques mas para esos malditos aragoneses! exclamó borrando al mismo tiempo la señal que acababa de hacer.—¿No es una felonía el dar armas de ese modo á los mayores enemigos que tiene nuestro buen Rey D. Alfonso?.... Rafael.... Rafael....

A este nombre apareció en el cuarto otro jóven de menos estatura que el anterior, cuyo nombre era Marco; pero de mas frescura y robustez. Atravesó rápidamente la sala, y se detuvo quitándose la gorra delante del anciano.

—Rafael, dijo este, yo espero que estos quinientos estoques aun no habrán sido entregados á los comisionados del Rey de Aragon.—Esta mañana lo han sido ya, Señor, respondió con timidez el mancebo.

El viejo no pudo reprimir un movimiento de cólera.—Antes debieras haberme avisado, dijo volviendo á rehacer la señal que poco antes habia borrado, pues debes tener presente que el aragonés ha debido pagar el acero á peso de oro; y yo le prometo que no será en adelante Juan Diaz el que forjará mas espadas para semejante canalla. Y sin aguardar mas respuesta añadió dirigiéndose á Rafael.—Haz que entren los que ahí afuera estan esperando.

Algunos minutos despues se oia gran murmullo á

la puerta del salon, y entre confusas voces se apercibia que unos á otros se disputaban la entrada.

—Por Santiago, exclamó una voz arrogante que sobresalia sobre las otras, ¿el mensajero del Sr. Arzobispo no tendrá alguna preferencia sobre unos pobres hidalgos como sois vosotros?

—El cielo guarde al Sr. Infante D. Juan, Arzobispo de Toledo: su enviado será recibido cuando le llegue su turno, contestó desde su asiento Juan Diaz.

Estas palabras dieron fin á la disputa. Varios caballeros entraron en aquel momento, y verificaron algunas pequeñas compras. Despues que sucesivamente fueron pasando todos, un hidalgo cubierto con una armadura damasquina entró, con cierta arrogancia, y al arrimarse al mostrador, arrojó sobre él una bolsa con monedas.

—Ola maestro Juan, dijo con el mayor desenfado. El anciano le interrumpió.

—Poco á poco, Señor; D. Juan Diaz de Albuna, si no lo llevais á mal, ese es mi nombre. Tengo mi Don, como hidalgo y no quiero que se olvide.

—Pues bien, D. Juan Diaz de Albuna, repuso el caballero: ¿tendrais la bondad de decirme desde cuando los grandes de Castilla han hecho antesala, antes de penetrar en vuestro almacén?

—Un noble vale tanto como otro, Señor mio, dijo el anciano con calma; el turno ha llegado á vuestra señoría y espero saber lo que quereis.

—Mi señoría se llama D. César de Guzman y Carbajal, Conde de Gijona, y Adelantado de Cazorla, señor maestro... quiero decir, Sr. D. Juan Diaz de... de...

Aqui se detuvo fingiendo haber olvidado el apellido del viejo.

—Virgen Santa, murmuró entre si Rafael, vaya un personaje insolente.

Marco, igualmente incomodado, dejó escapar entre dientes alguna maldicion, y por un movimiento involuntario echó mano á la empuñadura de su microscópico puñal; mas á pesar de eso, su fisonomia hacia traicion á sus palabras, pues se dejaba ver que temia igualmente el ofender al recién venido, que el dejarse ganar en celo por su compañero Rafael. El anciano sin hacer caso de eso contestó al magnate, que aun estaba recordando su apellido.—De Albuna, Señor.—Sabiendo ya como sé vuestros nombres, solo me resta averiguar el fin que os trae á esta casa.

—Reniego de estos tiempos, exclamó D. César como distraído; en otros, el mensaje de un Arzobispo á un armero era dosemeñado por algun page ó ayuda de cámara... Despues de este exordio, entró en materia y propuso á Juan Diaz las condiciones y precios de varias armas que pensaba ajustar. El armero le dejó hablar sin interrumpirle, y en seguida tomando la bolsa que aun estaba en el mostrador la puso en manos del Conde.

—Señor mio, le dijo, ninguna espada sale de mi fragua al precio que quiere el Sr. Arzobispo, y asi no podemos hacer nada.

Don César irritado, despues de descargar un puñetazo sobre la mesa.—Sabeis lo que os decís, exclamó. ¿Acaso las paredes de vuestra casa son de yerro forjado como el que usais en los estoques, para que asi os atrevais á desafiar la

venganza de vuestro Señor? ¿No recordais al que puede echar á tierra la fábrica y los talleres!

—Pues que vengan, ¡esclamaron á un tiempo, aunque con voz diferente, Marco y Rafael.

—Modérate hijo mío, dijo el anciano al primero, dirigiéndole al propio tiempo una mirada tierna.... En seguida volviendo la vista hácia D. César.—Sr. mío, ya podeis llevar respuesta de vuestro encargo.

El Conde volvió la espalda, y antes de llegar á la puerta... ¡Será preciso, dijo á media voz, que el Rey D. Alfonso dé treguas á los Sarracenos hasta adquirir el oro necesario á contentar á este avariento traficante!

No lo dijo tan bajo que no lo oyese Juan Díaz, quien abandonando precipitadamente su silla se interpuso entre la puerta y D. César, que al ver esto, como por instinto, echó mano á la empuñadura de su espada.—Soy viejo, le dijo Juan Díaz, viendo aquel ademan, y estoy sin armas, no hay para que ponerse en guardia; pero si mal no he entendido, ¿los estoques que tratábais de comprar estan de veras destinados á nuestro Rey Don Alfonso? ¡Y qué! ¿sus rentas estan en tan deplorable estado?

—¿Qué os importa el saber eso? le interrumpió secamente D. César.

—Es que en ese caso, como noble y castellano...

—Juan Díaz, repuso D. César, el oro es lo único que os importa; estais reacio, pensando que vais á mejorar el negocio, pues tened entendido que de nada os sirve el regatear. El dinero que teneis delante es lo último que contenian las arcas del tesoro real.

—¡Marco! ¡Rafael! gritó Juan Díaz, conducid al Señor Conde á mis talleres, y que escoja en ellos á su gusto los estoques que tenga á bien.

Don César no pudo, menos de reirse al escuchar el mandato.

—Vamos ya veo le dijo que os poneis en la razon; del agua vertida algo cogida. ¿No es esto. Sr. D. Juan Díaz de... de...? Al concluir esta frase, arrojó la bolsa en el mostrador, y siguió á Marco á los almacenes. Despues que hizo en ellos su eleccion y mandó cargar varios mulos con mas de 600 estoques, se encontró con Juan Díaz que le estaba esperando, en la puerta exterior de las fraguas, con la bolsa en la mano.

—Don César, le dijo, abí teneis vuestro dinero, yo no puedo aceptarlo.

—¿Qué, tratáis de romper el trato, repuso el Conde con inquietud?

—Dios proteja á nuestro buen Rey, contestó el viejo, y espero que su Alteza se dignará recibir esta pequeña ofrenda que le hace un súbdito fiel. Nada son mil bezantes para Juan Díaz. y por otro lado no quiero que nunca se diga que ha salido algun estoque de su taller al precio que vuestra señoría deseaba.

El grande de Castilla hizo el mas respetuoso saludo al armero, y al despedirse no se olvidó de ninguno de sus apellidos.

Esto sucedia en Toledo en el año 1326, reinando en Castilla D. Alfonso el XI. El hombre que hacia á su soberano tan magnifico regalo, no era mas que un simple

maestro forjador de armas blancas. Pero cualquiera se equivocaria ciertamente si quisiese comparar á un armero de Toledo en aquellos tiempos, con cualquiera de los que en el dia egercen este comercio, aun los mas opulentos; y solo los establecimientos reales pueden representar aunque débilmente á aquellos gigantes talleres, de donde salian armas, casi sin competencia, para todas las naciones de Europa.

En la parte occidental de la ciudad, que hoy ocupan la calle aun llamada de las Armas y las demas adyacentes, y en toda la vertiente que desde aquellos puntos se descuelga hasta el rio donde está el arrabal, se hallaban situadas todas estas fábricas, cuyos edificios de un solo piso estaban adornados de multitud de chimeneas, que indicaban sin equivocarse las fraguas que cada edificio de aquellos cobijaba. Todos sus tejados y muros estaban ennegrecidos, á semejanza de los operarios dedicados á tan infernal tarea; y de sus multiplicadas hornillas y pesados yunques, salia continuamente un acompasado ruido é incesante martilleo, que no daba tregua ni descanso á los infelices moradores de la ciudad alta, que tenian la desgracia de habitar cerca de aquella barriada. Mas de 50 ó 60 maestros con sus enseñas ó marcas diferentes, habian formado entre si un gremio ó cofradía, tan compacta y bien dirigida, y cuyas constituciones estaban tan sabiamente redactadas, que no dejaban callejuela alguna por donde pudiera ser minado el mas pequeño de los muchos privilegios que disfrutaba aquella asociacion, temida y respetada no solo del Arzobispo y Ayuntamiento de la ciudad, sino aun de los mismos soberanos, que estaban los mas en deuda con los armeros de Toledo, y á quienes tenian que recurrir en sus multiplicadas reyertas.

Para estar mas seguros los armeros de qualquier atentado que contra sus exenciones pudieran cometer, ya el Alcalde mayor de la ciudad, ya las jentes del Arzobispo, en la parte del Arrabal que hoy es parroquia de S. Isidoro, habian formado una especie de recinto murado por un lado, y defendido por otro por las aguas del Tajo, en cuyas orillas estaban colocadas las principales máquinas del acicalado y pulimento de las hojas. Esta especie de ciudadela tenia sus entradas, que por la noche eran ciudadosamente vijiladas por los oficiales y aprendices del arte, cuyo número era tan grande que imponia su falange armada de dagas, estoques, y martillos que todos sabian manejar con singular y reconocida destreza; y mas de una vez los emisarios de las autoridades eclesiástica ó civil, aunque protegidos por fuerza armada, hubieron de retroceder cediendo el campo á esos modernos ciclopes.

A falta de esos gefes, cuyos mandatos mas de una vez desconocian el gremio de armeros, se habia creado para su gobierno una especie de constitucion doméstica, cuyos articulos eran sin réplica obedecidos y acatados. Varios de los principales maestros formaban como un senado, á el cual, aunque por cierto tiempo, estaba confiada la suprema autoridad y decision inapelable, de los pocos litijios y raras contestaciones que en tan laboriosa grey se suscitaban.

Juan Díaz era el personaje mas importante de esta pequeña república, cuya existencia estaba mil veces

combatida por peligrosos embates. Rico sobremanera, desprendido y lleno de celo por los intereses de su arte, no hubiera tenido mas que desear el supremo mando, para haberle conseguido al instante: pero su ambicion estaba apagada, y solo queria ser tenido por un respectable anciano, que descansaba tranquilo sobre los gloriosos recuerdos de una juventud borrascosa.

Ya hacia años que se hallaba viudo, y no tenia mas que una hija, aunque trataba á dos de sus aprendices en un todo como si fuesen de la familia, acariciandolos con una ternura paternal. El primero, Rafael, de quien ya hemos hecho mencion, era un espósito que Juan Diaz habia recojido y criado con el mayor esmero, y á quien todos designaban como heredero presunto del opulento armero. Este jóven, en justa compensacion, tenia para Juan Diaz el respeto y la admiracion mas entusiasta, y si alguna persona participaba algo de este sublime cariño, era Juanita Albuna, la hija del armero. Ambos se amaban por efecto del continuo trato, y el mismo anciano parecia no desaprobador esta pasion.

El segundo era el italiano Marco, á quien una casualidad presentó por la vez primera ante la presencia de Juan Diaz. El maestro, seducido por sus modales y esterior apariencia, le inscribió al punto en el número de sus aprendices, y á muy poco tiempo hizo parte de la familia del armero. Segun la opinion de algunos, algun diabólico manejo tenia parte en esta súbita aficion. ¿Pues como podia esplicarse de otro modo semejante proceder, respecto á un advenedizo cuya procedencia nadie sabia, y solo si el que no era castellano? Sea por esto ó por otra cosa, lo cierto fue que á poco tiempo de estar juntos, nació entre Marco y Rafael una mútua y odiosa rivalidad. Juanita guardaba la mayor fidelidad al último, lo que no dejaba de ser para este un gran consuelo; pero celoso hasta el extremo, no podia sufrir, sin encolerizarse al ver al italiano, jóven y de buena presencia, admitido á un trato íntimo, y familiarizado cerca de la persona en quien habia fijado los mas alegres sueños de su porvenir y esperanza.

Por un favor escepcional, Marco no habitaba durante la noche en el barrio de los armeros, y al ponerse el sol se retiraba al interior de la ciudad, á no ser que le tocase de guardia. Esta condescendencia era muy criticada en el arrabal, pues no existia ejemplo de que un aprendiz tuviese habitacion fuera de su recinto; pero el influjo y superioridad de Juan Diaz sostenia á el italiano, y varios de los maestros eran mal despachados, cuando sobre este asunto le dirigian algunas observaciones—¿Temeis acaso les decia, que Marco sea espia del Alcalde mayor ó del Arzobispo? Por San Tula bendito, que lo mismo puede ser eso que yo ayudo de cámara de el Prelado; y si aun teneis algun recelo, yo respondo, alma por alma, de la conducta y fidelidad de ese muchacho.

Marco habia estudiado la profesion de armero con singular ardor, y profundizado los secretos de este arte, con la mayor aplicacion, y al ver la rapidez de sus progresos, cualquiera hubiera dicho que su pericia era mayor que la de los mas experimentados maestros; mas al notar igualmente el desaliento y frialdad

que le acometian, despues de vencida alguna dificultad, podia pensarse que su intento era buscar un resultado admirable y prodijoso, que no le patentizaban las continuas experiencias y repetidos ensayos verificados hasta el dia. En seguida que apuró por decirlo asi los recursos todos de su imaginacion y su ingenio, dejó de trabajar con la asiduidad que anteriormente, en cuyo cambio no hizo reparo Juan Diaz; antes se alegró de que la ociosidad le proporcionase mas ocasiones de tenerle en su compañía, y no en la ocupacion de los talleres.

El objeto habitual de las conversaciones de ambos, cuando estaban solos, era la Italia. Juan Diaz recordaba vagamente, pero sin atreverse á esplicarse, añejas aventuras acaecidas en su delicioso suelo; y Marco creyendo comprenderle y sin apremiarle con preguntas, afectando la mayor indiferencia, le hablaba de maravillosas hazañas, llevadas á cabo por medio de armas cuyo temple y construccion eran sobrenaturales. En la tarde del dia en que tiene su principio este cuento, Juan Diaz, apoyado sobre el brazo de su hijo adoptivo, se dirigia hácia su habitacion despues de haber inspeccionado sus fraguas y talleres.

—Fue por cierto un largo viage, dijo el anciano, y mas de una vez la sangre de mis pies tiñó, con su color rojizo, las arenas del camino; pero era jóven y la virgen me ayudó.

—¿Conocisteis acaso el secreto de los armeros milaneses? Preguntó Marco.

—Ciertamente que no; y á la verdad que eso poco me importaba, pues lo que deseaba lo obtuve.

Marco padeció un ligero estremecimiento, y al escuchar esta respuesta, hubiera querido cortar la conversacion; pero Juan Diaz prosiguió en tono bajo y melancólico.

—Por mi salvacion, que espero en el otro mundo, que el golpe fue leal y caballerosamente dirigido... Yo era jóven y valiente... pero mi vejez seria aun mas tranquila, si todos los dias de mi existencia hubieran transcurrido en el arrabal de Toledo, entre mis forjas y talleres.

Nunca se habia esplicado tanto Juan Diaz. Los ojos de Marco lanzaron un resplandor siniestro, y dieron á conocer que el italiano para comprenderlo todo no tenia necesidad de confesion mas explicita. Guardó por el pronto silencio; pero haciendo luego un esfuerzo sobre si mismo, preguntó mirando fijamente á Juan Diaz.

—¿Y el arma, el arma que descargó semejante golpe?

El viejo se detuvo y cogió por el brazo á Marco que temblaba como un azogado.

—Qué has dicho, exclamó Juan Diaz?... ¿Sabes acaso?... habla, habla, yo te mando que hables.

—Nada se, respondió Marco, ó mejor dicho padre mío lo se todo, vos estais vendido. Ya no me dirais en adelante que es falsa la existencia de armas encantadas; por lo menos hay una, y de esta sois vos el poseedor.

—Loco de mí! (dijo para si Juan Diaz) como me he dejado sorprender por las palabras de este jóven.

— En Venecia mi patria, prosiguió Marco, el nombre de Juan Diaz es conocido como creo que lo es en todas partes; se dice de él, y ya no puedo dudarle, que posee una espada á cuyo choque armadura ninguna ha podido resistir.

— Mentira! contestó reponiéndose Juan Diaz, solo la fuerza del brazo y la justicia de mi causa fueron los unicos encantos que produjeron la victoria.

— Y es para esto, continuó Marco, cuya voz se alteraba cada vez mas, para lo que yo he surcado los mares, tan solo para ver ese tesoro, esa arma inestimable.

— Hijo mio! le interrumpió el anciano, tengo en efecto un tesoro destinado para ti.

— ¡Para mi, para mi! exclamó Marco todo enrojecido cual si le devorase una fiebre. ¿No es verdad que me le dareis?...

— Escucha... deja ilusiones pueriles, el tesoro es mi hija ¿quieres ser tu igualmente hijo mio?

— El italiano palideció, su entusiasmo se concluyó de repente; Juanita, repuso, es en efecto un tesoro... pero...

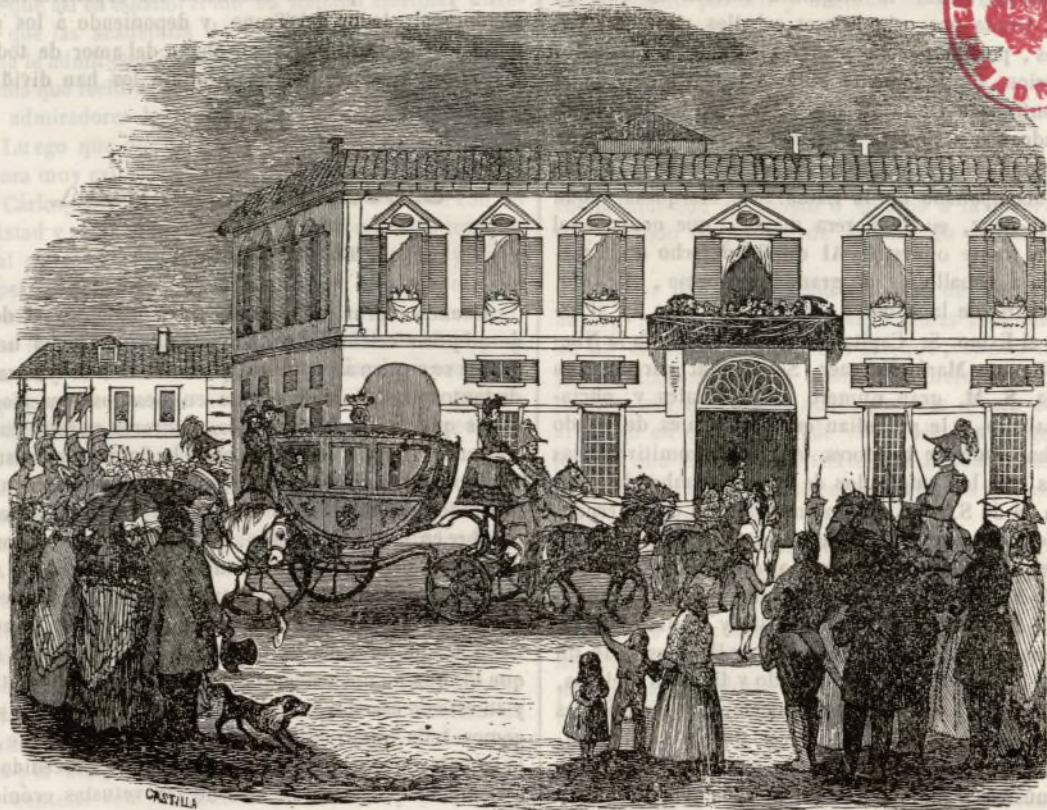
— Qué! ¿no la amas?

— Ah! padre mio, lo que yo quisiera saber, era si ella me correspondia...

— Si no es mas que eso, contestó alegre Juan Diaz, duerme tranquilo y sosegado, Juanita será tu esposa.

(Se continuará.)

SUCESOS CONTEMPORÁNEOS.



Entrada de S. M. Doña Isabel II en el Salon de las Cortes para prestar el Juramento.

Ningun suceso de mas alta trascendencia podrá ocurrir en España, que el fausto advenimiento al trono de S. M. la Reina Doña Isabel II, declarada mayor de edad por las Cortes; iris de paz que se levanta radiante para calmar las tempestades que durante tantos

años han acosado al pueblo español, y enseña gloriosa que ha conducido al combate por espacio de siete años á los leales, que por verla triunfante peleaban, y vertian su sangre, y abrazaban despues generosamente en los campos de Vergara, á los que si eran antes enem-



gos, solo fueron desde entonces súbditos fieles de la augusta Isabel.

La Reina de España ha sido declarada mayor de edad antes de cumplir los 14 años que la ley fundamental señala, como lo fueron todos sus augustos predecesores que se hallaban en igual caso. Quiera el cielo concederle un reinado tan próspero y feliz, cual lo necesita el pueblo español, para reponerse de sus pasados quebrantos, y para elevarse á la sombra de un trono ocupado por la inocencia, asegurado con tantos sacrificios y defendido con tanta lealtad, al puesto á que es llamado entre los pueblos libres y civilizados de Europa.

Si posible fuera que toda la nacion hubiese presenciado el acto solemne celebrado el dia 10, de prestar S. M. el juramento en el seno de las Cortes, toda ella hubiera participado del placer y alegría que rebosaba en los semblantes de cuantos acudían á ser testigos de tan excelsa ceremonia. Pero ya que no es posible, deber es nuestro el dar, á los suscritores de las provincias en especial, una ligera idea de tan fausto acontecimiento.

El grabado que damos al principio, representa el momento de entrar la magnífica carroza en que iba S. M., tirada por ocho briosos caballos ricamente enjaezados, por la puerta principal de la casa de los Ministerios, (antiguamente Palacio del Príncipe de la Paz) contigua á Doña María de Aragon, donde celebra el Senado sus sesiones, y sitio destinado aquel dia para la reunion de las Cortes. S. M. iba sola en la carroza, acompañada de la Exma. Sra. Marquesa Viuda de Santa-Cruz, su Camarera mayor, que ocupaba el vidrio el frente opuesto. Al estribo derecho de la carroza iba á caballo, y de grande uniforme, el Exmo. Sr. Ministro de la Guerra, General Serrano, y al izquierdo el Exmo. Sr. Capitan General de Castilla la Nueva D. Ramon María Narvaez. Seguian al carruaje en que iba S. M. gran número de Generales y oficiales á caballo, y le precedian cuatro oficiales de estado mayor haciendo de batidores. Abrian la comitiva varias carrozas con los empleados de la servidumbre de S. M. seguian la de S. A. R. la Infanta Doña Luisa Fernanda, y esta despues en un hermoso carruaje acompañada de su camarera, llevando al estribo los Generales Baron de Meer y Rivero, y encantando á cuantos tenian la dicha de verla, con su hermosura y amabilidad.

Formadas las tropas en la carrera, y llena esta de un inmenso gentío, á pesar de lo crudo y lluvioso del dia, á las dos salió S. M. del Real Palacio, y se dirigió á las Cortes en medio de numerosas voces que la aclamaban, y entre el estrépito de las salvas de artillería y del ruido de las músicas y tambores de los cuerpos que formaban la carrera. Al llegar S. M. al salon, cuyas tribunas públicas y reservadas se hallaban atestadas desde muy temprano, ocupando SS. AA. los Sres. Infantes D. Francisco de Paula y su esposa é hijos una tribuna lateral, y otra el cuerpo diplomático, acompañada de la comision que habia salido á recibirla, se colocó S. M. en el Trono, ocupando un lugar inferior á él su augusta hermana; y poniéndose despues en pié pronunció el juramento prescrito por la Constitucion en voz clara é inte-

ligible, y con una serenidad propia de mas avanzada edad. En el mismo instante estalló un grito general de *Viva la Reina*, que se extendió desde el interior del salon á los que se hallaban fuera de él. S. M. se dignó admitir un ligero refresco que se le tenia preparado, concurriendo á él los Señores Senadores y Diputados, y las personas del acompañamiento de S. M. y A.

En seguida y por el mismo orden con que habia ido á las Cortes, salió S. M. dirigiéndose al Prado por la calle de Alcalá, pasando por delante de las tropas que se hallaban formadas á lo largo de él, y que la recibieron con sentidos vivas, lo mismo que el inmenso gentío que habia concurrido. Despues se retiró S. M. al Real Palacio, y por la noche hubo iluminacion general; el mucho tránsito de gentes por las calles, no obstante lo malo de la noche, demostraba la sincera parte que tomaba la capital en la general alegría.

Desde aquel dia memorable rije los destinos de España un ángel de candor y de inocencia. Quiera el Cielo que este venturoso instante sea tambien la señal de que se han acabado los ódios y los trastornos, y de empezar la Nacion á gozar la paz y ventura que tanto há menester, y que solo pueden encontrar los españoles agrupándose alrededor del Trono, y deponiendo á los pies de su jóven y legítima Reina, objeto del amor de todos, los ódios y rencores que hasta ahora los han dividido.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

EL DIVINO FIGUEROA.

Cuando el prurito de escribir bien ó mal, y el deseo de adquirir celebridad emborronando papel, ha hecho y hace se saquen á la pública plaza los hechos y hazañas de tantos claros varones como en tiempos mas afortunados que los que alcanzamos, honraron nuestra patria con su saber y virtudes; y cuando la fiebre que consume y devora á la mayor parte de aquellos que se tienen por ilustrados, es tal que, á trueque de ver estampado su nombre en letras de molde, ocupando las columnas de cualquiera periódico (aun cuando sea el Diario de Avisos) no perdonan medio ni fatiga para figurar entre las gentes que se dicen de letras, y en el catálogo de autores ó traductores del Boletín Bibliográfico; razon será que los que no nos tenemos por menos que tantos otros, y en esto de escribir no le vamos en zaga á nadie, pongamos toda nuestra diligencia en imitar á los que, en la empolvada carrera de biógrafos nos han precedido, y á ejemplo suyo desentrañemos de las vetustas crónicas, carcomidos manuscritos y olvidadas biografías que podamos haber á las manos, aquellas cosas que mas á cuento nos vengan para formar una á nuestro modo; que por mucho que sea el fárrago con que á la moderna la engalanemos, nunca será mas que un fiel trasunto de lo que ya otros dijeron. Mas aun cuando el repetir esto, antes ofende el juicio que divierte el oído; como quiera, que para regalar este á aquellos que pretenden saber mucho estudiando poco, necesario sea recurrir de

vez en cuando á lo que hubieron de hacer antes los demas, vamos á desenterrar y sacar á luz la olvidada historia de la vida de uno de nuestros mas distinguidos poetas, ó sea su biografía; el cual, aunque poco conocido al presente de muchos, floreció sin embargo, para honra del suelo que le vió nacer, á mediados del décimo-sesto siglo, que tan fecundo fue en hechos y varones esclarecidos.

Fue aquel de quien al presente nos ocupamos, D. Francisco de Figueroa, de progenie ilustre, y cuyo nacimiento celebra ron por el año de 1540, el cristalino Henares y la ciudad de Alcalá, á la cual cupo la gloria de contarle entre sus mas doctos hijos. Cursó en su universidad las letras humanas, y siendo todavía muy joven pasó á Italia, donde sirvió en los tercios de Castilla durante algunos años; pero repartiendo sus cuidados entre las letras y las armas, bien pronto adquirió la reputacion de guerrero valiente, y de gran poeta. Unia á un ingenio nada comun una hermosa presencia, modales finos y agradables, una vasta erudicion y una modestia tal, que le granjeaba las voluntades de cuantos le conocian. A tan relevantes dotes, y á la facilidad y fluidez con que así en español como en italiano escribía, mereció que las academias de Nápoles, Roma, Bolonia y Siena le admitiesen en su seno; que con motivo de un poema que recitó en ella le coronase la de Roma, y que sus admiradores le diesen el sobrenombre de *Divino*.

Luego que dió la vuelta á España, casose con una Señora muy principal, y en 1579 regresó á Flandes con D. Carlos, Duque de Terranova, que le honraba con su amistad y proteccion; mas prefiriendo una vida tranquila al estruendo de las armas y á la agitacion y falso oropel de los cargos públicos, volvióse de nuevo al seno de su familia, donde continuó cultivando las musas, hasta que por el año de 1620 murió de una edad muy avanzada. A imitacion de Virgilio, cuando conoció que su postrer momento se acercaba, exigió que se quemasen delante de él todas sus poesías, y las vió perecer en medio de las llamas con la mayor serenidad.

Pocos literatos han gozado, cual Figueroa, de una reputacion mejor adquirida ni de una consideracion mas general. Apreciabanle los sábios, y aun hasta los grandes y los Príncipes mismos se disputaban á porfía su trato y amistad. Todos ansiaban conocerle, y en todas partes era recibido con las mas señaladas distinciones, siendo mirado como el oráculo de su época. Como una prueba de las que frecuentemente merecia, cuéntase que entrando un dia en una de las escuelas de retórica de Alcalá, se levantó el maestro respetuosamente de su cátedra y le dirigió en el acto una arenga en latin, á la cual contestó con la modestia y afabilidad que le caracterizaban. Nada de cuanto, en justo tributo á la memoria y merecida fama de tan ilustrado autor, pudiera decirse de mas elocuente, hace mejor que esto su elogio, y aquellos inimitables versos con que Lope de Vega le ensalzó en su *Laurel de Apolo*, en el cual, hablando con el Henares, se espresa así:

Mas como tu academia

No propone al divino Figueroa,

Si con verde laurel sus hijos premia?

Pero dirás, que el atributo loa

Cuanto decir pudiste,

Dichoso rio que decir le viste

Con tan suave acento y armonia,

Que los nobles espíritus eleva,

De passo en passo injustó amor me lleva

Cuando dejarme descansar debia.

De todos los poetas de su tiempo, que, despues de Boscan y Garcilaso, viajaron á Italia para perfeccionar el gusto, ninguno, cual Figueroa, sacó mas ventajas, ni mereció como él de comun acuerdo, en el siglo de oro de España, la preferencia sobre todos sus contemporáneos. Brilla en todas sus composiciones, ya en castellano, ya en italiano, la misma pureza, el mismo buen gusto, y la misma elegancia; y, segun puede juzgarse por las pocas que lograron salvarse del fuego á que por él fueron condenadas, y que han llegado á nuestras manos, no debe tenerse por aventurado el decir que hubiera sido un gran poeta entre todas las naciones. Digna de imitacion y muy notable es, por cierto, en el género pastoril y delicado en que sobresalió, la cancion que comienza:

Sale la aurora, de su fértil manto

Rosas suaves esparciendo y flores; etc.

asi como su égloga de Codro y Laura; pero nada hay comparable con su soneto ó epitafio á la muerte Lestis; es todo cuanto puede hacerse de patético en su género.

A pesar de la reputacion y mérito de tan celebrado autor, no se sabe que obtuviese jamas ninguna gracia de un monarca como Felipe III que, siendo tambien poeta, dispensaba todo género de mercedes á los literatos, sin que pueda atribuirse esto á otra cosa que al retiro en que vivió, de vuelta de sus viages, y á lo poco que frecuentó la Corte, de la cual se alejó para pasar el resto de sus dias en medio de sus amigos, y rodeado de su familia.

Al terminar este artículo, no podemos menos de manifestar lo sensible que nos es que sus obras se hayan hecho tan raras entre nosotros, pues ni aun en las bibliotecas se encuentra un ejemplar de ellas; y seria de desear que así como se reimprimen é ilustran otras, por los especuladores en este género de comercio, de menos mérito, y que no tienen otro interes acaso que el de la novedad, ó una celebridad debida á ciertas y determinadas circunstancias, lo fuesen tambien, en obsequio de la juventud estudiosa, y de las personas de gusto, tanto las de este como las de otros de nuestros mejores poetas que se hallan en igual caso; pudiendo estar casi seguro del éxito de la empresa el que tal tarea emprendiese, por lo buscadas que unas y otras son, así de propios como de estraños.

J. U.

MODAS DE PARIS.



París 4 de Noviembre de 1843.

Las pieles y el terciopelo principian á prevalecer en todos los trages, y los maravillosos sobretodos, los paletots y hasta los *twines* estan guarnecidos de pieles de marta. Al parecer la forma que adoptan las señoras elegantes es la del *Kasadaveka*, cuyo modelo representa nuestro grabado. Para paseo debe ser mas largo, y son admirables los de terciopelo guarnecidos de pieles.

La otra figura lleva un sobretodo de raso con cuello, y mangas que se ajustan segun se quiere, y es casi el antiguo *witchoura* ajustado al talle.

Para la salida del baile, se usan grandes manteletas con capucha, guarnecidas de pieles de cisne ó de armiño.

En cuanto á los *twines*, puesto que esta moda inglesa, que los hombres han aceptado ya, parece que va á ocupar un lugar importante en el trage de las damas, diremos que se hacen de casimir, bordados, y forrados de pieles ó de raso. El cuello, hecho á corta diferencia como el de los vestidos de los hombres, está cubierto de pieles, y puede levantarse para preservar el cuello del frio. Las mangas son tambien como

las de los hombres, pero mas anchas por arriba, á fin de que el vestido pueda pasar con libertad. Las vueltas con pieles permiten ocultar en ellas las manos á falta de manguito, que incomoda muchas veces, sobre todo cuando llueve.

Los vestidos se usan siempre muy anchos, pero se han suprimido los interiores de crinolina. Adquiere el talle mucha gracia con que solo le rodeen los pliegues del vestido. Las mangas de los trages para la calle, se hacen con frecuencia ajustadas; la variedad consiste en el arreglo de los adornos, y esto es asunto de gusto y de inteligencia.

Para salir por la mañana se usa una levitilla de raso con alamares de terciopelo colocados en la parte delantera del vestido, y en cada uno de ellos un nudo de pasamanteria terminado por una bellota; el cuerpo tiene el mismo adorno repetido, y que se va ensanchando hácia la parte superior.

Un sombrero de terciopelo con un gran velo de encaje, es sencillo, pero muy elegante.

MADRID.—IMPRESA DE D. F. SUAREZ, PLAZ. DE CECILIO 2.